

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extra-

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 17 de Marzo de 1890.

Salicilatos

DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Gra-

APROBADO INMEDIATAMENTE como ningún otro remedio emplea-

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE 3'50 pesetas. PEQUEÑA, 2

Concedido con las falsificaciones porque no darán resulta-

DEPOSITO GENERAL:

ALMENA, FARMACIA VIVAS PÉREZ desde donde se remiten por

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández

LA SEMANA ANTERIOR.

Pocas cosas han pasado en la semana pasada. El viento está muy pesado y la lluvia más pesada.

Martes y California trabajan sin descanso por presentar en sus procesiones mejoras y reformas que agraden á todos.

Ya saben ustedes que el sábado próximo tendremos una gran batalla en el campo de la calle Real.

Carl Antoni hará saltar á los caballos, y Magrini hablar á los perros.

Y ya no puedo seguir, porque sobra material. Hasta otro día.

ISIDORO MAIQUEZ

Nació Isidoro Maiquez, para orgullo y gloria del arte dramático español, en la ciudad de Cartagena, el día 17 de Marzo de 1768.

De imaginación vigorosa, de carácter impetuoso, tardó no obstante en vencer cuantas dificultades oponíanse al desarrollo de sus inmensas facultades.

Recorrió desde el principio la escabrosísima senda que lenta y desairadamente recorre en los primeros años el actor español.

Fue luchando tenaz y poltremente, desoyendo animoso cuantas diatribas y falsos conceptos formaban de él, discurrendo todo aquello que pudiera conquistarle el aplauso y consideración con que soñaba, mirando resignado la mofa que de él hacían sus mismos compañeros, procurando apartarse de cuanto á su alrededor veía y oía en la escena y, sobreponiéndose en suma, cual titán valeroso, á las mezquinas pasiones que perturbaban la marcha sucesiva del progreso, ya fuera en civiles y áridas contiendas, ó en las altas y sublimes esferas del arte.

Otro hombre menos animoso, menos resuelto, hubiera sin duda desmayado en aquella época de abandono, de superstición y de ignominia.

Hallábase en punible decadencia nuestro hermoso teatro español á fines del siglo pasado; prohibidas por el gobierno nuestras mejores producciones del siglo XVII; pervertido el gusto del público con espectáculos estrambóticos; los actores rindiendo fervoroso culto á un falso ídolo, sin reglas ni rumbo fijo la literatura; y el arte de hacer comedias una insostenible rutina, un amaneramiento ridículo, una parodia en fin, de todo lo divino y humano, representada por comediantes envidiosos, con entonaciones subterráneas y alaviados de fastuosísimos talcos!

No pretendo hacer una minuciosa reseña de aquella época desdichada para nuestro teatro, en sus extravíos y en sus infortunios.

Tampoco quiero molestar vuestra atención con recuerdos, cuyas cenizas aventaron las perfumadas brisas de la moderna civilización.

Sole buscaré frases de entusiasmo, imágenes sublimes, en mi modestísima inteligencia, para ensalzar con toda la efusión de mi alma, con todo el fuego que circula por mi ardorosa frente, al héroe insigne, al actor inmenso, de cuyas primeras y copiosas lágrimas brotan las corrientes melancólicas, las suaves y cristalinas onidas, en que dejemeros navegar con rumbo cierto, cuantos se dedican al arte dramático español.

Isidoro Maiquez ha sido y será siempre el más sublime modelo de la juventud estudiosa y entusiasta.

Isidoro Maiquez silaba, arrojado de la escena española tan ignominiosa como torpemente, no decepcionó solo imaginación de un espectador de su arte, atendido el estudio que hacia de los grandes personajes, guiado por el instinto de observación igual al temple de su alma, soportaba resignado las malas situaciones de su vida ingrata; oía las

aceradas puyas que de continuo les dirigían; escuchaba los aplausos que á sus compañeros tributaban, y hubiera sin duda desaparecido por el mundo y para el arte resignado ó loco, á no haber llegado á sus oídos, con fascinadores ecos, las continuas alabanzas de que era objeto en la vecina Francia, el gran trágico Francisco Talma.

El impulso supremo, el estímulo ardiente, el afán de aprender, brotaron á un tiempo en aquel cerebro organizado para grandes empresas, y asaltó su mente la idea de contemplar por sí mismo aquel astro glorioso, cuyos lejanos resplandores llegaban, no obstante á caldear su alma de artista. ¿Qué podía esperar de un público que le rechazaba, que no le comprendía, que prodigaba sus aplausos al inmotivado desplante, á la entonación enfática, pero jamás movido por un arranque ó un grito del alma... nunca al sagrado fuego de la inspiración sublime?

Isidoro Maiquez como todos los grandes genios, halló sin duda el supremo esfuerzo para lograr sus altas inspiraciones. Oyendo al gran maestro, se pondrían de relieve ante sus ojos todos sus desvelos y amarguras, consentaría consigo mismo, estudiando al coloso, aquilatarla en fin, el mérito propio ante el ageno, y fijaría de modo seguro y cierto su estudio en el porvenir.

Venciendo cuantos obstáculos se opusieron á su marcha, faltos de recursos para su viaje, que en aquellos tiempos sería sin duda, tan costoso y largo, como penoso y molesto, partió del suelo patrio con la fe de su entusiasmo, por todo amparo y la esperanza de un porvenir risueño, como único y seguro guía. Gloria eterna á la memoria del hombre insigne que, apartándose del círculo mezquino en que se mira envuelto, eleva su vista y su pensamiento á las regiones donde juzga hallar colmada y satisfecha su ardiente fantasía!

¿Cómo enumerar los sacrificios, los anhelos que combatirían aquel acerado espíritu durante las interminables horas que tardó en presentarse ante la gran figura del insigne actor, que era el asombro de aquella Francia, en su época más viril y avasalladora?

¡El uno sosteniendo con fuerte y segura diestra el cetro de la escena de su país, rico, floreciente y satisfecho!

¡El otro abatido: tendiendo la aterida mano en busca de enseñanza, proyectosa y útil para su patria, pobre, envilecida y degradada!

¡La llama del genio, tendió por igual sus relucientes galas y un cariñoso lazo unió de pronto aquellas almas cual se unen por celestial arcano, en regiones de luz y de armonía, los purísimos colores del iris en las alturas!

El estudio profundo de los grandes caracteres, la consulta de las propias facultades, la copia exacta del personaje que se estudia, su época, sus aptitudes, sus alaviados, y todo esto guiado por un humano y artístico sentido, produce siempre feliz resultado de un actor de ingenio é inspiración, cuando se le impone como base principal del estudio el maestro que enseña y nos enseña.

Por eso Isidoro Maiquez debió, sin duda Isidoro Maiquez encauzar sus facultades. Estudiando á su maestro, copiándolo exactamente, y haciendo sentir á su rostro las mismas contracciones, y á su pecho la misma

agitación, y á sus nervios, aquellas violentas sacudidas á su aspecto, en suma, la misma salvaje ferocidad en aquel Otelo del que hemos (por referencia de actores que vieron en Madrid representar á Maiquez la citada tragedia) que después que hería de muerte á la inocente Edelmira, su atezado semblante vestase pálido... sus ojos iban adquiriendo lentas, pero descomunales proporciones; el brillo de sus pupilas arrojaba vivísima y roja luz, la contracción de su cara se iba acomodeando por momentos; el temblor de sus miembros reconcentrábase torpe y cobardemente; una profunda calma, pero lenta congoja brotaba poco á poco del fondo de su pecho; sollozo á sollozo iba aumentando aquel copioso llanto; desbordábase luego, con terrible impetuoso en alaridos de dolor y de amarguísimo desconsuelo, y al asallar de nuevo la mente la justa idea de aquella venganza, serenábase y mitigaba el dolor, recobrábanse poco á poco y cesaban ya sereno, pero con frase horrible y feroz acento!

¡Qué bien hecho lo que acabo de hacer con esta ingrata!

Para poder llegar á realizar este prodigio artístico, para poder contener á todo un público, que por momentos embalsamado los seis ó ocho minutos que juzgo debe durar el sostenimiento de situación tan soberanamente desempeñada por un actor, se necesita ser un genio soberano, un gigante en fin, un Isidoro Maiquez!

Ya otros han publicado de tan insigne actor, pero yo añadiré á las justas palabras elogiosas, el título de objeto, seguramente en descarga del pundonor nacional!

Que al volver á su patria, después de largos más profundos ausentes, halló al público tan viciado y corrompido, que se consagró en regenerar el gusto de su divina arte, cuando el buen gusto en aquella época con los tesoros imaginarios de los peregrinos ingenios; fijando la atención del público, y dando por resultado el delirio, el entusiasmo de Madrid entero que aquella una y otra noche óir con arrobo y entusiasmo la portentosa creación de Racine, de Corneille, de Sakspeare, de Alfari y de Quintana; el extremo de evitar la envidia ó el miedo de un gobierno suspicaz y astutizado. La calumnia rebosó en aquella popularidad que hizo de Maiquez su ídolo predilecto. Las ocasiones de que era objeto molestaban y eran ridículas entidades que no podían soportar que un cómico fuese objeto de tan macabridas demostraciones, y fué decretado á Granada, so pretexto de que alteraba las leyes, con los detalles sublimes de la feroz inspiración!

No se puede tampoco sentirse los años de un actor tan injusto como innovado, pues la opinión siempre severa juzga con el grito la vialta á Madrid de un actor puñalada.

El terror y las calumnias no pudieron sujetar los fogosos impulsos del pueblo entusiasmado; que no por ser enojos por largos tiempos, llega á ser una voz un sol poderoso cuando los sentimientos y convicciones se unen.

Este fuerte sentimiento el destierro de Isidoro Maiquez, el teatro arrojado por sus manos, y ocultas tentativas de hielos en el corazón al público fueron inútiles. Los odiosos elevaron respetuosamente solicitudes para que Fernando VII devolviera el orden del destierro, pues se hallaba ya de su voluntad; y lo que tardó algún tiempo en concederse, obtuvo al fin resultado en el ánimo de aquel mal aconsejado monarca.

Otelo, Oscar, Cain, Hijos de Edipo, Fenelón, Vano Humillado, García del